****

**Resucitó al tercer día de entre los muertos *resucitó venciendo a la muerte***

La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo. « ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado». Estas palabras de los ángeles a las mujeres que fueron al sepulcro se nos dirigen hoy a nosotros. **Jesús es el viviente**, no un simple personaje del pasado. Vive para nunca más morir. San Pablo escribe a los corintios: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido… Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto».

**Jesús murió realmente y realmente resucitó**. La resurrección es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricas. El sepulcro vacío fue un signo: permitió a las mujeres y a los discípulos acoger y desentrañar las apariciones de Jesús resucitado a la luz de las Escrituras y palabras dirigidas por Jesús a los discípulos antes de su muerte.

**La resurrección de Jesús no es una simple vuelta a la vida**, como lo fuera la reanimación del cadáver de Lázaro. Su cuerpo es el mismo, pero posee sin embrago propiedades nuevas. Ya no está condicionado por el tiempo y el espacio, aun cuando pueda hacerse presente en ellos.

Obra de la Trinidad Santa, la resurrección se presenta como la garantía de todo lo que hizo y anunció Jesús, como la confirmación de su divinidad. En ella se cumplen las promesas hechas por Dios a través de los profetas: «Resucitó según las Escrituras». Si, por la muerte nos libera del pecado, por la resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. **La resurrección de Jesús es principio y fuente de nuestra resurrección futura**.

 **Subió a los cielos *(voy a prepararos un sitio. El triunfo de la Cabeza es el triunfo del Cuerpo).***

Jesucristo «subió a los cielos, y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso». «Durante los cuarenta días en los que él come y bebe familiarmente con sus discípulos, su gloria aun queda velada bajo los signos de una humanidad ordinaria. La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube y por el cielo donde él se sienta para siempre a la derecha del Padre».  **Es la Ascensión**.

El hecho de que Jesús resucitado se siente a la derecha del Padre no ha de entenderse en un sentido literal. Significa ser de la misma categoría de Dios y tener como hombre la absoluta preeminencia sobre todo lo creado. **Es la expresión de su triunfo a través de la humildad**.  «El que descendió, ése mismo es el que subió por encima de todos los cielos» **(Ef 4, 10).** El que se humilló es enaltecido. **El reino del Mesías se ha inaugurado**. A partir de ese momento, los apóstoles animados por el Espíritu se convirtieron en los testigos del reino que no tendrá fin. El triunfo de la Cabeza es el triunfo del Cuerpo, de la Iglesia.

# La Ascensión anima la esperanza del cristiano y sostiene su esfuerzo de conversión y compromiso en el mundo: «Voy a prepararos un sitio». Tenemos ante el Padre un abogado e intercesor. «Vive siempre para interceder por nosotros». Y nos invita a caminar en este mundo con los ojos puestos en el futuro: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios».

# Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos *(porque tuve hambre y no me diste de comer; quien rechaza a Dios y no sirve al hermano, se autoexcluye del Reino de Dios).* Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos». Por la Ascensión a los cielos, Cristo participa, en su humanidad, de la autoridad divina. Jesús es Señor. Él es la cabeza de la Iglesia. Todo ha de ser recapitulado en él y todo le será sometido. Mientras tanto vivimos en el tiempo del Espíritu y del testimonio, un tiempo de espera y combate, de prueba y vigilia. Esperamos el glorioso advenimiento de Cristo como juez de vivos y muertos.

Antes del advenimiento glorioso de Cristo, los cristianos han de estar dispuestos a pasar por momentos difíciles. **El alumbramiento de un mundo nuevo conlleva dolores del parto y momentos de tristeza**. El propio Jesús hizo la experiencia de una tristeza hasta la muerte, pues debía pasar la cruz para infundir vida nueva en las venas del mundo. San Pablo enseña que la comunión con los padecimientos de Cristo es el camino para participar del poder de su resurrección.

Los auténticos seguidores de Jesús esperan el día del juicio con confianza. **El amor expulsa el temor**. En el día del juicio último, Cristo condenará la incredulidad culpable, pues rechazó el don de la salvación. Examinará a todos del servicio a los más necesitados: la actitud con respecto al prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino. Jesús dirá en ese día: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis».Cristo vino al mundo para salvar, no para juzgar. El juicio desvelará los corazones. **Quien cree y ama al necesitado entrará en la gloria; quien rechaza a Dios y no sirve al hermano, se autoexcluye del reino de Dios**.  Es el juicio.

**Su reino no tendrá fin *por pequeño y pobre que sea un rebaño, Dios le ha dado ya su reino*.** Jesús, según el evangelio de san Marcos, comenzó su predicación con estas palabras: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». Con la fuerza del Espíritu curó enfermos, dio de comer a los hambrientos, resucitó muertos y despojó del poder al Príncipe de este mundo. **Cristo, haciendo la voluntad del Padre, inauguraba el reino en el mundo**. Por medio del gran misterio de la Pascua: su muerte en la cruz y su resurrección, realizó de una vez para siempre la venida del reino. Antes de su Pascua, Jesús había dicho: «Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». Todos los hombres están llamados a entrar en el reino.

Una vez exaltado y sentado a la derecha del Padre, su reino no tendrá fin. Este reino ha comenzado y se manifiesta, ante todo, a través de la Iglesia en el mundo. Ella es el germen del reino en el mundo. Jesús invitó a los discípulos a la alegría y esperanza con estas palabras: «No temas pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino». Al cristiano no le debe inquietar el número de los que se adhieren a la comunidad: lo importante es que Dios le ha dado ya su reino, por pequeña, pobre, insignificante y deficiente que sea. **Es Jesús resucitado el que sigue edificando su comunidad sobre la fe de Pedro**.

La fe apostólica, porque sabe que el reino de Cristo no tendrá fin, avanza con confianza y firmeza  en medio de los avatares de la historia. Cree que el Señor resucitado estará con ella hasta la consumación de los siglos, hasta la plena manifestación de su reino de justicia, paz y alegría en el Espíritu.

PRÁCTICA- Él prometió estar con los suyos hasta la consumación de los tiempos. Él afirmó: «dónde dos o tres estén reunidos en mi nombre, en medio de nosotros estoy yo». Porque Cristo resucitó, su presencia nos alcanza a todos los vivientes. Permite que Cristo reine en tu vida Durante esta semana vive la paz del RESUCITADO y quédate con ella.